

OBRAS COMPLETAS, I

## *CIRO BAYO*

*El peregrino entretenido (Viaje romancesco).*

*Lazarillo español. Guía de vagos en tierras  
de España por un peregrino industrial.*

*Con Dorregaray (Una correría  
por el Maestrazgo).*

*Orfeo en el infierno (Novela).*



BIBLIOTECA CASTRO

FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO

# OBRAS COMPLETAS, I

OBRAS COMPLETAS DE  
CIRO BAYO

*Edición y prólogo de Alicia Redondo Goicoechea  
y Tatiana Boal Rodríguez*

Vol. I     *El peregrino entretenido*  
            *Lazarillo español*  
            *Con Dorregaray*  
            *Orfeo en el infierno*

CIRO BAYO

OBRAS COMPLETAS, I

*El peregrino entretenido (Viaje romancesco)*  
*Lazarillo español. Guía de vagos en tierras*  
*de España por un peregrino industrial*  
*Con Dorregaray (Una correría*  
*por el Maestrazgo)*  
*Orfeo en el infierno (Novela)*



BIBLIOTECA CASTRO

FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO

# BIBLIOTECA CASTRO

*Ediciones de la*

F U N D A C I Ó N

---

JOSÉ ANTONIO DE CASTRO

*Presidente*

JUAN MANUEL URGOITI

*Vicepresidente*

TOMÁS MARÍA TORRES CÁMARA

*Vocal-Secretario*

SANTIAGO RODRÍGUEZ BALLESTER

*Director Literario*

DARÍO VILLANUEVA

(Catedrático de la Universidad  
de Santiago de Compostela)

© Herederos de Ciro Bayo

© edición: FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO  
Alcalá, 109 - Madrid 28009  
[www.fundcastro.org](http://www.fundcastro.org)

ISBN: 84-96452-07-7 (Obra completa)

ISBN: 84-96452-08-5 (Tomo I)

DEPÓSITO LEGAL: M.-15.221-2005

## ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i> .....	IX
EL PEREGRINO ENTRETENIDO (VIAJE ROMANCESCO) .....	1
LAZARILLO ESPAÑOL, GUÍA DE VAGOS EN TIERRAS DE ESPAÑA, POR UN PEREGRINO INDUSTRIOSO .....	173
CON DORREGARAY (UNA CORRERÍA POR EL MAESTRAZGO) ..	381
ORFEO EN EL INFIERNO (NOVELA) .....	513



## INTRODUCCIÓN

### UBICACIÓN EN LA HISTORIA LITERARIA

Ciro Bayo y Seguro (1859?-1939) es hoy un escritor prácticamente desconocido, al que los actuales historiadores de la literatura han dedicado poca atención. Esto se debe, en parte, a que ha sido eclipsado por sus ilustres contemporáneos de la famosa generación del noventa y ocho; pero, curiosamente, la escritura de Bayo, a pesar de coincidir en el tiempo, no pertenece a la de esa importante generación, sino que ocupa un papel más humilde, aunque significativo, como eslabón de la cadena literaria. Justamente, es un autor que repite, en el interior de su obra y con setenta años de retraso, el proceso más característico de la narrativa del siglo anterior: el paso de los modelos narrativos clásicos y costumbristas a las formas compositivas de la novela moderna.

Las causas de su adscripción a una literatura ya periclitada son variadas. Por un lado, su educación clasicista y las lecturas de la época de su juventud, por otro, el alejamiento de la cultura española durante trece años, justo en una época de ebullición y cambios importantes, lo cual le sitúa completamente fuera de ella cuando, en 1900, vuelve a España. Esto le coloca estéticamente, y a pesar de publicar desde 1910, a medio camino entre estos dos movimientos cruciales del siglo XIX y es, desde esta perspectiva, desde donde adquiere un singular valor, puesto que, a través de su obra, van a proyectarse estas formas semi cos-



tumbristas hacia algunos contemporáneos como Ramón del Valle-Inclán, que lo representa como don Peregrino Gay en *Luces de bohemia* de 1920 y que también utilizó como fuente *Los Marañones* de Bayo en *Tirano Banderas* de 1926. Años más tarde inspiraría también en parte los libros de viaje de Camilo José Cela.

En su época tampoco tuvo apenas presencia entre la crítica; lo que hemos encontrado son dos comentarios de Azorín y Bernardo G. de Candamo al *Peregrino entretenido*, así como breves notas de prensa; y, entre sus contertulios, las referencias de Pío y Ricardo Baroja y, posteriormente, las de su sobrino Julio Caro Baroja, pero poco más. Luego el olvido, a pesar de que ganó un premio tan importante como el Fastenrath de la Real Academia Española en competencia con *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja.

## BIOGRAFÍA

Pocos son los datos biográficos documentales que se han encontrado en los archivos de la época. La mayoría de estas referencias las va desgranando el autor a lo largo de sus obras y en la autobiografía que envió al diccionario Espasa, donde se reprodujo una foto que, según Pío Baroja, no era la de Bayo sino la de su padre; lo cierto es que no se corresponde con la que apareció en *Chuquisaca* como retrato suyo. También a don Pío se le deben otros datos biográficos importantes que no se han podido corroborar, como el de su nacimiento como hijo natural de un banquero, circunstancia a la que se pueden deber algunos de sus «muchos y extraños complejos».

Don Ciro nace en Madrid el 16 de abril de 1859 ó 1860 y muere en la misma ciudad el 4 de julio de 1939. Entre ambas fechas se desarrollan los ochenta años de una vida que se puede dividir en tres períodos: infancia, estudios y primeros trabajos que ocupan veintisiete años; en segundo lugar, la etapa de sus viajes por América del Sur, que durará trece años, y, finalmente, sus años de escritor en Barcelona y Madrid que abarcan casi cuarenta años, desde 1900 hasta su muerte en 1939.

Su nacimiento es en Madrid, pero los primeros estudios los cursa en las Escuelas Pías de Mataró y, posteriormente, en las

Universidades de Valencia, Barcelona y Madrid, donde no parece que llegara a terminar la carrera de Derecho. Su traslado a Madrid significa el comienzo de su vida autónoma, tras graves problemas familiares que le llevaron a romper con su madre a causa de su segundo matrimonio con don Vicente Perelló (no don Andrés como le llama en *Con Dorregaray*), del que nacería un hermanastro que estaba destinado a ser más tarde el famoso barítono Perelló de Seguro. De todo esto queda noticia en las *Memorias* de Pío Baroja, en la obra de Manuel Cardenal de Iracheta, así como en la obra del autor: *Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo*. De esta primera época parece ser, también, su primer viaje a América que le llevó, por breve tiempo, a La Habana con una compañía de cómicos.

La segunda etapa de su vida la constituye su larga estancia en Sudamérica, que dejó una impronta indeleble en el carácter aventurero y algo vagabundo del escritor. Este espacio geográfico acabará siendo la clave más importante de su vida adulta, su gran recuerdo y, también, su gran deseo insatisfecho, al que intentará, infructuosamente, volver desde Madrid en varias ocasiones. Esta América del Sur, tanto la que visitó como la que estudió en los cronistas de Indias, va a ser, también, la fuente inspiradora de la mayor parte de sus relatos.

Los primeros años los pasó como maestro rural en plena Pampa, en la provincia de Buenos Aires, y este es el único dato del que conservamos rastro documental, ya que aparece en un libro de las actividades de la escuela de Bragado en el año 1888. El resto de la información se la debemos a sus obras: *El peregrino en Indias* y *Chuquisaca o La plata perulera*. Por ellas sabemos que intentó llegar, a caballo, hasta la Exposición Universal de Chicago, pero acabó recalando en Sucre (Bolivia), donde vivió unos cuatro años, y de ahí a los gomales del Beni, en plena Amazonía boliviana, donde pasó cuatro años más y desde donde inició el regreso a Buenos Aires y, a continuación, a España.

Su estancia en Sucre fue muy activa: regentó un colegio de niños y creó una revista literaria decenal llamada *El Figaro. Revista cómica literaria*, de intención y forma muy parecida al célebre *Madrid cómico* durante la época de Clarín. También la revista de Bayo tuvo éxito, aunque las dificultades económicas le hi-

cieron suspenderla a los seis meses. Los veinticuatro números que publicó, desde el diez de agosto de 1893, se conservan en la Biblioteca Nacional de Sucre.

Cansado de la monotonía de esta vida estable en Sucre, Bayo se siente de nuevo aventurero y abandona la buena posición alcanzada para trasladarse a los gomales del Beni.

Vuelve a España en 1900, instalándose en Barcelona durante dos años y, posteriormente, en Madrid, donde permanecerá hasta su muerte. En esta época surge toda su producción libresca que alcanza casi treinta títulos de los más variados temas y características. Su introducción en el mundo editorial se debe a la amistad con Bernardo Rodríguez Serra, compañero en un colegio de Tucumán, que le proporcionó sus primeros encargos. Durante siete años, 1902–1909, trabaja como editorialista a sueldo y publica obras de encargo sobre poesía popular americana así como manuales de higiene, de derecho y traducciones. Luego vendrían los tres años de sus siete grandes obras, 1910–1912, especialmente este último, en el que publicó nada menos que cinco libros, que, con los dos anteriores, ocupan los dos primeros volúmenes de esta edición.

Los años siguientes, 1913–1915, los dedica en exclusiva a sus obras sobre América, muchas de ellas editadas a sus expensas, y de las que incluimos *Romancerillo*, las tres leyendas áureas y su última y casi póstuma novela. Desde 1916 da a la imprenta traducciones, obras de historia y, sobre todo, reediciones y reelaboraciones de las obras ya publicadas, que repite en alguna ocasión hasta tres veces, buscando breves ingresos que le permitan subsistir. Ya muy deteriorado físicamente y en una situación económica más que apurada, ingresa, hacia 1925, en un asilo para escritores, el Instituto Cervantes, en el que vive hasta julio de 1939, año en el que muere de coma diabético en un colchón de un pasillo de la sala 33 del Hospital Provincial de Madrid.

A su llegada a España, se relacionó con el mundo literario del momento, sobre todo en las tertulias de café tan importantes en estos años, pero de forma superficial, ya que no le agradaba la amistad de los escritores a los que, según Baroja, despreciaba olímpicamente. Sólo con los hermanos Baroja mantuvo una re-

lación duradera. Su actitud nada envidiosa, sino digna y poco servil, tampoco era fácil de comprender entre la bohemia de aquel tiempo que sobrevivía de pequeños encargos y, sobre todo, de sablazos y timos. Bayo estaba tan apurado como cualquiera de ellos pero se resistía a actitudes tan poco dignas.

Era un hombre necesitado que mantenía una actitud de no necesitar nada, un solitario que se llevaba bien con su soledad de Madrid, viviendo en una guardilla pobre pero poblada de aventuras librescas y, a la vez, de recuerdos de sus grandes viajes aventureros y nada turísticos. Había sido viajero trotamundos en América y había vuelto con sus alforjas llenas de nuevos conocimientos y experiencias, pero también, con los valores antiguos y señoriales con los que había emprendido su marcha. Su viaje fue en pos de las huellas de los héroes de la conquista y la civilización de América, a los que había pretendido emular, ya que no perseguía ni el dinero ni el éxito, algo que nunca a lo largo de su vida buscó. Bayo anhelaba la aventura humana del conocimiento de otros pueblos y culturas a los que consideraba sus iguales, ya que jamás fue clasista, aunque sí era aristócrata de espíritu y sentimientos.

No podemos saber el motivo de estas y otras contradicciones de carácter que describieron sus amigos y eventuales biógrafos: ¿acaso estaban causadas por su nacimiento poco convencional?; aunque quizá fueron debidas, fundamentalmente, al choque entre su carácter, la educación que recibió y la época que le tocó vivir. Su modo de ser aventurero, señorial, generoso y poco o nada materialista, sin duda entró en conflicto profundo con la conservadora educación recibida, así como con el mundo materialista de su época, lo cual le llevó a marginarse de todo ello y refugiarse en sus ensueños nostálgicos del pasado, en el cual veía, como buen costumbrista, el paraíso perdido. Esto le convirtió en un superviviente de épocas pasadas, en un escritor no adscrito a ningún movimiento cultural, a ninguna clase social y, por tanto, imposible de situar en su época, ya que defendió unos valores y unas formas literarias más propias de siglos anteriores, puesto que era un español a la usanza del Siglo de Oro aunque viajara a Yuste con Baroja o recorriera Madrid en el tranvía de la Guindalera.

## LAS OBRAS

## EL PEREGRINO ENTRETENIDO (VIAJE ROMANCESCO) (1910)

Esta obra es muy significativa porque fue su primer libro original publicado y porque narra el más famoso de sus viajes por España: el que hizo a Yuste con los hermanos Baroja, Pío y Ricardo, el cual ha sido también descrito por ellos aunque con notables diferencias. Dice Pío Baroja en sus *Memorias*:

«Don Ciro, que no poseía ningún sentido realista, escribió un libro sobre nuestro viaje titulado *El peregrino entretenido*, libro de episodios y aun de paisajes inventados, pues no tiene nada de lo visto en el camino. Sin embargo, algunos críticos dijeron que era de una realidad extraordinaria porque en esto de no notar la realidad, los críticos españoles han sido especialísimos» (*Desde la última vuelta del camino*, I, Barcelona, Planeta, pág. 730).

Su propio título muestra ya una raigambre costumbrista que inclina la obra más hacia el cuadro de costumbres y la filosofía idealista y tópica de lo español, que hacia la descripción novelesca y más realista de sus hombres y de los paisajes recorridos. El libro es una buena excusa para exponer sus conocimientos filosóficos, sociales y literarios de todo tipo, tanto de historia como de los distintos géneros que mezcla con profusión, incluyendo verso y prosa, cuentística, teatro y prosa discursiva.

El preámbulo del libro es una buena explicación de su forma de escribir y el punto de vista desde el que lo hace:

«antes de acostarme me quito el traje de viajero, sucio de polvo y de barro, y, como dice elegantemente Maquiavelo, me revisto con el pensamiento un traje de corte, con manto de armiño, para anotar las impresiones del día».

Queda patente, pues, el propósito de embellecer la realidad observada, tratando de aproximarla a patrones ideales, como

hace el costumbrismo, pero, a veces, también ofrece descripciones de algunos paisajes y personajes vistos con cierta objetividad y realismo que los acerca a la novela.

En sus relatos se pueden diferenciar claramente los tipos costumbristas (meras categorías como pícaros, españoles, catalanes, gallegos, oficios, relaciones familiares, etc.), de los personajes novelescos, ya que estos últimos poseen nombre propio y tienen características individuales así como opiniones y capacidad de expresarlas. Pero no es muy objetivo en la elaboración de estos personajes, porque lo que hace es proponer sucesivos *alter ego*, es decir, proyectarse él mismo de forma idealizada, como también hacía frecuentemente Baroja. Esta incapacidad para dar forma al personaje novelesco es quizá el gran error de Bayo como novelista, ya que cuando no se recrea a sí mismo como personaje suele proponer tipos costumbristas. Esto hace que casi todos sus personajes, que no sus tipos, sean muy parecidos a él, incluso físicamente, ya que son su retrato idealizado: altos, delgados, morenos, frente ancha y ojos grandes, nariz larga y edad indefinible.

En este libro, el personaje protagonista, tras el que se encubre, es también el narrador y, por lo tanto, la voz omnímoda del relato, en el que apenas caben opiniones y palabras de los demás. Comienza describiéndose como un personaje propio de la novelística del XVII, caballero andante o pícaro, modelos que tenía muy cercanos:

«soy un caballero andante de nuevo cuño, o, si le parece a usted mejor, un pícaro; porque a esto viene a parar la antigua caballería traducida a la prosa de la vida corriente». Jornada VI, II.

Pero no estamos ante un personaje picaresco, sino frente a un hidalgo ilustrado que paga sus gastos y viaja en busca de placer y conocimiento, alguien que no tiene que ganarse la vida y que tampoco ofrece una visión crítica de la sociedad de clases sino todo lo contrario. También ha cambiado el tipo de aventuras, bien poco picarescas y, sobre todo, la perspectiva desde donde son observadas.

Además del protagonista, aparece como *alter ego* de Bayo, el naturalista tirolés Jenaro Scherer, que repetirá en *El peregrino en Indias* con el nombre de Otto Eder, al que corresponden las consideraciones finales del libro y que, gracias a su nacionalidad suiza, transforma la crítica del autor sobre la raza parda, es decir, sobre lo español y los españoles, en constataciones científicas y objetivas propias de un investigador.

Otros personajes en los que Bayo se proyecta y que realmente se le parecen son: el señor Vicente, el peregrino, que hace el papel de un príncipe azul viejo y casto que resuelve el caso de una niña Cenicienta prohijándola y eliminando todos los elementos eróticos de la narración primitiva; y, también, Pedro Mingote, acabada descripción de su auténtico yo viajero («los trotatierras o viajeros que se dan el gustazo de andar por el mundo, a pie y sin dinero» Jornada VI, 1), o el sacerdote de la jornada séptima y el halconero de la octava y la novena. Todos ellos tienen en común los rasgos más definitorios de la personalidad de Bayo: son buenas personas, cincuentones y solteros y con extraños complejos frente a las mujeres.

Los personajes femeninos son tópicos y están considerados únicamente en función de su relación de parentesco con el hombre (madre, hija, hermana, sobrina o esposa). Apenas ocupan unas breves líneas, no comen en la mesa con los hombres, ni participan en la conversación. Sólo hay dos mujeres—madres que hablan para defender a sus hijos: la madre de la Partiquina y la Generala de Arenas, de la Jornada IX que acaba, justamente, con un sainete en verso cuya comicidad radica en un marido maltratador que muele a palos a su mujer.

Esta falta de solidez de los personajes, como en los cuadros costumbristas, en gran parte se debe a la intencionalidad temporal que los origina; se buscan seres inmutables al paso del tiempo, modos de ser en vez de formas de estar, seres que manifiesten «los caracteres nacionales permanentes» y no personajes del momento, y por tanto, se describen esencias y no seres individuales en un tiempo histórico concreto.

Del paisaje también se busca, la mayor parte de las veces, «la nota pintoresca», adjetivo central del universo costumbrista. Todo ello está muy lejos aún del sentimiento del paisaje que ca-

racteriza a la generación del 98, y así, su apreciación de Castilla es negativa, pues sus descripciones atemporales están muy alejadas de la estética impresionista que dominaba en la citada generación. No obstante está presente un claro amor a la naturaleza en las breves notas en las que alaba a los animales, sean estos insectos, mariposas o su amigable caballo.

Su lenguaje es cultista y arcaizante, con un léxico lleno de arcaísmos (carlanca, bisulca, estafermo de almiar, complugar, ándito, etc.) y latinismos (moloso, fomes), y con unos clichés que intentan lo que Montesinos calificó de *fabla antigua* (mucho que sí, una su hermana, cuya era la causa, no sólo sique también, la meridiana sería, etc.). El estilo que Bayo busca lo autodefine como «un estilo ameno pero sin pedantería», pero es en realidad un lenguaje arcaico y típico que reproduce una realidad inventada; no obstante desarrolla con agilidad y soltura diálogos muy vivos que son lo mejor de su estilo, como los de la Jornada II.

El humor se consigue a base de recursos verbales, fundamentalmente, y, muchas veces, a costa de las desgracias de los demás, como en las descripciones de los frecuentes timos. Incluye muchas referencias literarias, unas setenta en total, pero en ninguna de ellas se alude a autores posteriores a 1850.

No obstante lo más antiguo de la obra, lo menos novelesco, puede que sea su organización. Está dividida en catorce capítulos cortos que denomina: Preámbulo, Jornadas (doce en total) y Conclusión. El término jornada parece que indica el camino que se realiza en un día o, al menos, las diferentes etapas del viaje, pero no existe tal cosa. Ni tienen un sentido dinámico, ni hay progresión alguna, porque el término hay que interpretarlo a la manera antigua como acto o escena costumbrista. Efectivamente, cada jornada nos presenta una o varias escenas costumbristas únicas, que empiezan y terminan en cada capítulo, unas jornadas que sólo se relacionan entre sí por la figura del autor-narrador que persiste en todas ellas y que da cierta garantía de continuidad. El libro queda organizado, pues, como un relato sarta que es la estructura medieval característica y, también, la propia del cuadro de costumbres.

Estas jornadas están interpretadas por un personaje diferente cada vez, en un escenario diferente, y suelen comenzar con



la localización espacio-temporal del cuadro, a la que sigue el encuentro casual con diferentes tipos y personajes que protagonizan las jornadas, y que, a partir de la Jornada VII, se desarrollan de la misma manera: encuentro y diálogo, invitación a la casa y mesa del lugareño, siempre de lo más ilustre del pueblo, por lo que se convierte en el interlocutor del autor y eje temático de la escena.

A veces, la narración central queda interrumpida por historias intercaladas que imitan las de Cervantes en el *Quijote*, modelo omnipresente aunque en clave costumbrista, y que suelen consistir en anécdotas que suceden a otros personajes en presencia del protagonista narrador, o en cuentecillos o historias que alguien comenta. También se ve su sombra en la elección de nombres propios que se definen, en la Jornada VIII, como «sonoros y significativos».

Estos incisos suelen estar poco engarzados con la narración central (en las Jornadas VII y IX, por ejemplo) y suponen una cierta ruptura en la línea narrativa, sobre la que se acumulan materiales a veces farragosos, pero también hallazgos narrativos interesantes, ya que están introducidos pensando en informar y sorprender al lector. Otros incisos menos justificados los ocupan discursos, canciones, una función de títeres, de la que transcribe el texto completo, y un variado tipo de información enciclopédica con datos geográficos, históricos, médicos, de gastronomía, etc., junto con muchas reflexiones personales del autor sobre todo lo que le rodea, hechas a través del viajero protagonista y sus *alter ego*. Esta variedad de materiales motiva una escritura poco homogénea y la obra pasa varias veces de escena costumbrista a libro de viaje, según predominen unos elementos u otros.

Uno de los aspectos más interesantes es la opinión del autor sobre temas científicos y sociales, como el futuro de la energía atómica o el atraso de la agricultura. Pero en lo que más se extiende es en la exposición de un modelo social que tiene bastante que ver con la máxima del despotismo ilustrado: «todo para el pueblo pero sin el pueblo», máxima implícita que va acompañada por su declaración de fe en la educación, lo cual le acerca a las posturas regeneracionistas del siglo XIX y le lleva

a censurar fuertemente la terrible situación de escuelas y maestros (Jornada VII).

Finalmente, es muy llamativa la central Jornada VI en la que expresa su filosofía vitalista y autodefine su personalidad, a través del personaje de Pedro Mingote, en los siguientes términos:

«—Gran cosa es el resignarse con su suerte —repuse—; como que esto fue en tiempos principio de sabia filosofía, aunque es ahora prurito quijotil que da patente de vencido.

—Sí; tal es el calificativo puesto en moda por ciertos sociólogos modernos, apologistas de la grandeza material y cuantitativa. Se es un vencido cuando no se escalan las alturas; *como si el todo de la vida fuera el éxito*.

[...] dicese que la vida es un combate continuo; pero tengo para mí, y en esto pienso como Novicoff, que *el principio que domina en la Naturaleza no es la lucha, sino el principio de la expansión de la vida*». La cursiva es nuestra.

A continuación el autor, a través de Pedro Mingote, su más cercano *alter ego*, se describe como un acérrimo individualista rayano en el egotismo, enemigo de la sociedad actual y de su vida codificada y reglamentada, ni idealista ni utopista sino un estoico. Pero, algo más tarde, Mingote es amonestado por el propio narrador, como alguien egoísta que vive sólo en sí y para sí, aunque, al final de la Jornada VI, le deja definirse como quizá se definiría a sí mismo:

«Lo confieso; soy un español rezagado del siglo XVII».

LAZARILLO ESPAÑOL. «GUÍA DE VAGOS EN TIERRAS DE ESPAÑA POR UN PEREGRINO INDUSTRIOSO» (1911)

Es su segundo libro de viajes y su mayor éxito literario, como lo demuestran las cuatro ediciones que tuvo, y quizá podríamos añadir que es también su mejor obra. Persisten los elementos costumbristas aunque en menor número, lo mismo que continúan las historias intercaladas, pero mejor relacionadas con la

historia principal. Aumentan los diálogos ágiles y las situaciones y descripciones novelescas, alguna tomada de su amigo Pío Baroja, como la descripción del suburbio sevillano del capítulo V: *el círculo dantesco*. Lo cierto es que esta obra se puede considerar el crisol de su pensamiento y de su quehacer literario, ya que en ella encontramos las opiniones y la visión del mundo claramente expresada a través de la voz narradora y sin apenas interponer personajes ni *alter ego* que las distorsione.

Le concedieron el premio Fastenrath de la Real Academia Española en competencia con *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja, lo cual es un gran mérito, aunque tal como lo relata Baroja en sus *Memorias*, poniéndolo en boca del propio Bayo, esto se debió más a la inquina de Leopoldo Cano, uno de los jueces, que a la mayor valía del *Lazarillo* (*ob. cit.*, I, 732).

Escrito de forma más ágil que el anterior, no busca un estilo típico, todos los personajes hablan igual, en un estilo culto pero menos arcaizante, aunque, a veces, resulta algo inverosímil por cultista. También están mejor trabajados los personajes y los acontecimientos, pero no falta la cultura libresca de las citas (incluso aumentan hasta un total de 91) y persiste la presencia de sus modelos literarios, incluso en su organización, ya que este viaje sigue el itinerario de la segunda parte del *Quijote* que lleva a los héroes manchegos, como a nuestro protagonista, hasta Barcelona, circunstancia que el autor recuerda en varias ocasiones a lo largo de la obra y, sobre todo, en el coincidente final de la misma.

Está organizado en doce capítulos que ya no llama Jornadas sino Libros, y cada uno de ellos aparece subdividido en varias partes señaladas con números romanos, y un título que resume el contenido. Estos «Libros» están separados entre sí pero quedan mejor unidos por el trayecto general del viaje y, dentro de ellos, por el lugar geográfico que se describe y que da título a cada uno de los doce capítulos: «En tierra manchega», «Mi entrada en Andalucía», «Mi Semana Santa en Sevilla», etc.; mientras que en *El peregrino* prácticamente todos los capítulos (nueve de doce) aparecían titulados por los personajes—tipo que los protagonizaban («El anarquista de Valdeiglesias», «El viejo y la niña», «Un modelo velazquista», «Un cura de aldea» etc.). Tam-

bién en el *Lazarillo* aprovecha los apartados para introducir historias variadas, pero el conjunto aparece mejor organizado y menos inconexo que en su antecesor.

También ha variado el protagonista y narrador que, de ser *Peregrino* ilustre y a caballo, pasa a ser *Lazarillo* caminante, algo que le acerca a este otro modelo literario, aunque sólo sea porque viaja a pie y sin dinero. De todas formas, el personaje en sí varía poco ya que sigue siendo el hidalgo pobre pero generoso y estoico que protagonizó su obra anterior, sólo que ahora encarna, más claramente, una de las contradicciones que también tuvo el autor en la vida real, ya que en su personaje se enfrentan claramente su apariencia exterior de vagabundo con su realidad interior caracterizada por clase social, formación, sentimientos y actitudes hidalgas.

Ideológicamente, en cambio, no se ha alterado mucho su punto de vista conservador que sigue siendo muy favorable a los principios cristianos; incluso se muestra gran amigo de los curas, quizá porque le permiten hacer gala de sus conocimientos de latín, así como de los antiguos valores señoriales e hidalgos; pero sí se muestra más cercano a los habitantes de los pueblos que recorre, de forma que, en vez de disertar sobre sociología o historia, prefiere hacerlo sobre costumbres campesinas y populares. Un ejemplo de este cambio puede ser el tratamiento del único acontecimiento amoroso de ambos libros, que en *El peregrino* se resuelve dentro de la castidad más absoluta, «El viejo y la niña», mientras que en *Lazarillo* narra una historia amorosa completa, la seducción por parte del narrador de una ingenua pastora a la que acaba pagando sus favores, aunque de manera solapada y, si bien está descrita sólo en sus prolegómenos, lo hace con abundantes pormenores y notable pulso narrativo («Mi tropiezo con Venus»).

Otro dato de modernidad lo ofrece la organización temporal del relato, que está enmarcado en un tiempo cronológico que respeta y que se extiende a los tres meses de la duración del viaje. También hay un dato de tiempo referencial que sitúa el viaje entre 1880–1886, que son los únicos años en los que María de las Mercedes fue princesa de Asturias, y de la que se dice, al terminar el libro, que celebraba su santo el día de la llegada del

protagonista a Barcelona. Sin embargo escasean las ensoñaciones históricas tan presentes en *El peregrino*, sobre todo en torno a la figura del Emperador Carlos y su tiempo, y también la nostalgia que inunda al peregrino y que podría resumirse con el verso de Manrique: «cualquier tiempo pasado fue mejor».

Pero donde el cambio es más notable es en el tratamiento del espacio. Los escenarios interiores costumbristas y casi de cartón de la obra anterior dejan paso a una mayor presencia del sentimiento del paisaje, y a una pasión descriptiva que constituye uno de los grandes hallazgos del libro. Estos escenarios son en su mayoría campos y ciudades, e incluso algunas de las historias narradas se modernizan y defienden nuevas costumbres como lo saludable de los baños de mar en Almería, y la cultura de los balnearios, que reaparecerá en sus *Manuales de higiene del verano*. Con visión noventayochista destaca en sus descripciones la importancia de la luz y lo cambiante de los paisajes gracias a los amaneceres y los crepúsculos, momentos que destaca como los más interesantes del día. Este impresionismo innovador está presente en casi todas sus descripciones, incluso en su, ahora, más favorecedora visión de Castilla.

En cambio, se distingue de los autores del noventa y ocho en su visión positiva del mundo y de la vida, un sereno optimismo que le parece el elemento más importante para ser feliz o, al menos, para llevar mejor los inconvenientes y desgracias de la vida. Este sentimiento positivo es alabado reiteradamente, e incluso se cita de forma expresa hasta en tres ocasiones a lo largo del libro: «cierto que se pasan fatigas e incomodidades; pero ellas se reducen a cero al fin de la jornada, si uno sabe revestirse de ánimo y se acostumbra a ver las cosas por el lado alegre». (*Declaración del autor*). Esta búsqueda del lado positivo de la vida significa reducir a términos realistas «el manto de armiño de Maquiavelo» de su obra anterior, con el que se cubría a sí mismo a la hora de escribir y, por tanto, con el que llegaba a esconder el mundo y la realidad.

Quizá es el momento de recordar que don Ciro era un hombre descrito por sus contemporáneos como de personalidad contradictoria y arbitraria, que no escuchaba a los demás (Baroja), y que defendía sus criterios personales, incluso, por encima de

leyes y justicias humanas. Un individualista a ultranza que, por ello mismo, constituye un ser humano muy original, único, que destaca sobre el conjunto más homogéneo de muchos de sus contemporáneos, lo que lleva aparejado una obra literaria también original aunque no pueda llamarse innovadora.

Todos los cambios que se dan en esta obra, *Lazarillo español*, a los que hemos aludido, puestos en comparación con *El peregrino entretenido*, están recogidos de forma sintética en sus títulos, que, enfrentados entre sí, expresan por sí mismos un universo de diferencias que podrían resumirse en una mayor concreción frente a un deseo de falsa universalidad, en más realismo y menos costumbrismo, como expresa, también, el análisis del narrador en las dos obras. Del historiador universalista que contempla los siglos en su conjunto y desvaloriza el presente que le ha tocado vivir, pasamos a una visión más cercana a la de un novelista, que ve desde su yo (que expresa de forma contundente y reiterativa) y no juzga tanto, sino que mira con afecto el pequeño mundo de los seres humanos con los que se va encontrando en el camino, una misericordia artística que le incluye y le disculpa también a él. Algo que queda manifiesto en la despedida del libro, recogida en un *post scriptum*, y que cierra con el reconocimiento de su pobre apariencia pero escondida sabiduría: «Debaajo de una mala capa se esconde un buen bebedor».

Lo cierto es que este libro ofrece, incluso, ciertos rastros de su propia biografía, por ejemplo, en el libro once describe su optimismo vital y el cristal de color de rosa con el que mira la vida «que se ha fabricado en las moradas del alma» y en el duodécimo, sus inconclusos estudios de Derecho en Barcelona, y, quizá, también sea verdad el motivo por el que dice que los abandonó: el suspenso que recibió en un examen de Derecho civil ante su peregrina iniciativa de contestar las preguntas del examen en verso.

En la primera edición del *Lazarillo* se incluyen como prólogo unos comentarios bastante costumbristas que había hecho Azorín sobre *El peregrino entretenido*, y en la tercera edición, se recogen como apéndices esta crítica y otra de Bernardo G. de Candamo. En todo caso, ninguna de las dos me parecen adecuadas al *Lazarillo*, aunque quizá sí lo eran para *El peregrino*; la de Azo-

rín, porque alaba el libro como guía sentimental y por el hecho de haber sido escrito «en estilo sencillo, natural, castizo, sin afectación»... con menos prejuicios que las guías al uso escritas por viajeros franceses o ingleses; y la de Candamo, porque alaba en la obra el esfuerzo de Bayo por rescatar «lo que aún queda, de todo lo irreductible al paso de las ideas y de la cultura, de lo que permanece en su indiferencia de roca, en su terquedad de tronco centenario igual siempre, sin conmoverse, sin adaptarse».

CON DORREGARAY. UNA CORRERÍA POR EL MAESTRAZGO (1912)

Es un relato que tiene también un soporte autobiográfico claro, sobre todo al comienzo del libro, aunque va desapareciendo según va llegando al final y describe la toma de Cantavieja. En él narra su militancia en las filas carlistas durante unos meses de 1875; aunque fue publicado mucho más tarde, treinta y siete años después, lo que da lugar a que la imaginación y, sobre todo, las lecturas hayan recreado la experiencia personal dejándola, seguramente, irreconocible. Sus contemporáneos apenas creían nada de estas aventuras, tantas veces repetidas para ser contadas siempre de forma diferente, agrandadas y desvirtuadas, seguramente, pero con más fondo de verdad de lo que aparentaban.

Sobre esta experiencia carlista ha hablado Julio Caro Baroja en su libro *Semblanzas ideales* (Madrid, Taurus, 1972, pags. 93–108), en el que le dedica un capítulo titulado «Un escritor aventurero».

El tiempo en el que está centrado el relato, verano de 1875, coincide con un momento crítico en la historia de España. Hacía sólo seis meses que el general Martínez Campos, en su pronunciamiento de Sagunto, había liquidado el período revolucionario iniciado seis años antes con el derrocamiento de Isabel II. Atrás quedaba la primera República Española para dar paso a la Restauración borbónica.

La segunda guerra carlista había comenzado en abril de 1872, y, al amparo de la debilidad de los gobiernos de Madrid y de la sedición imperante en sus Fuerzas Armadas, había al-

canzado en 1874 su momento de mayor poder en términos de territorio ocupado. Apenas iniciada la Restauración, y con ella, el gobierno de Cánovas, se agudizó la ofensiva contra el carlismo, al que se le enfrentaron esta vez batallones disciplinados y bien pertrechados que en el breve período de un año (1875) iban a concluir la segunda guerra civil española. El general Martínez Campos, pacificador de Cataluña, consigue en el Maestroazgo importantes victorias, entre ellas la que sirve como base histórica a este libro: la toma de Cantavieja, colofón de la derrota del Ejército carlista del Centro al mando del general Dorregaray.

Bayo era carlista por meras circunstancias personales, que nos describe en los dos primeros capítulos del libro, y que consistían en la huida y abandono del hogar materno, cuando tenía quince años, ante el segundo matrimonio de su madre con su, desde entonces, odiado padrastro. Esto le permite tener una visión bastante objetiva de los aciertos y errores de los dos bandos en litigio. Y así muestra la profunda desunión y continuas traiciones en el ejército del pretendiente, que tenía un cura en cada batallón pero ningún médico, y describe con méritos semejantes a los grandes personajes de los dos bandos: Martínez Campos y Jovellar de un lado, Dorregaray, Gamundi y Cucala del otro.

La obra es una amalgama de experiencias personales y, sobre todo, de conocimientos librescos. Así, al describir tácticas o fortificaciones militares entrevemos, a veces los cita directamente, a Tito Livio y a César, pero cuando habla de lo que en la guerra significa la lluvia, descrita prolijamente, o los cantos de los soldados, y nos describe las charlas nocturnas entre los que son contendientes en una guerra civil, descubrimos la experiencia directa del que ha vivido estas situaciones.

El autor demuestra sus conocimientos de estrategia y describe pormenorizadamente batallas y despliegues que recuerdan los que, para entretener el camino, organizaba en el viaje que hizo a Yuste con los hermanos Baroja. Ricardo también dedica unas páginas a su bohemio compañero de viaje en su obra *Gente de la generación del 98* (Barcelona, Juventud, 1969, págs. 102–108).

Ciro Bayo tenía en gran concepto a los militares de carrera, él mismo cuenta repetidamente cómo intentó serlo, y esto le lle-



va a proyectarse a sí mismo en uno de los personajes de su libro, el comandante Morinchón, al que trata con especial cuidado y que define como buen soldado, generoso y latinista, de unos cuarenta años y traductor de César, *De bello Gallico*, la obra que se deja sentir en muchas ocasiones a lo largo de *Con Dorregaray*. Pero no es la única fuente literaria que subyace en la obra. Las treinta y tantas citas expresas se extienden a casi todas las épocas y países de la cultura occidental, eso sí, no posteriores a 1850. Desde Homero a Pascal y de César a Shakespeare los principales autores europeos se encuentran representados.

Entre los españoles destaca la presencia de Cieza de León, a quien utiliza como lema en el comienzo y el cierre de la obra, así como la omnipresente huella de Cervantes y el *Quijote*, que fue su libro de cabecera durante toda la vida: ya muy anciano Bayo, nos cuenta alguno de sus biógrafos, se le oía por las noches leer en voz alta trozos largos de su autor favorito. Esta presencia cervantina también atañe a la persona de don Miguel, ya que Morinchón–Bayo, su nuevo *alter ego*, es herido en el brazo izquierdo. En varias ocasiones se muestra a sí mismo como un don Quijote sobre su caballo, cuando va a incorporarse a las filas carlistas, en compañía de su escudero, el pañero, al que en alguna ocasión llama Sancho. Incluso los cuentecillos que intercala en la narración, como la riña entre varios pescadores y su patrón por el tesoro de la barca, o los amores del espía y la moza, recuerdan los episodios intercalados del *Quijote*.

Su forma de escribir, paralela a su concepción del mundo, trata de ser objetiva, aunque su visión de la realidad parte de una posición un tanto privilegiada, de señorito, como se califica a sí mismo repetidas veces. Destaca esta objetividad Manuel Cardenal de Iracheta, el mejor de sus biógrafos, que dice:

«las nuevas generaciones... han visto en él un antecedente de ciertos gustos de nuestros días y de cierta manera de ver lo español, clara y aséptica —con poca política y con menos ideología— que tiene su representante hoy en Camilo José Cela» (*Comentarios y recuerdos*, Madrid, Revista de Occidente, 1972, pág. 191).

Su lenguaje se ciñe y adecua, esta vez, a cada uno de sus personajes. Así Morinchón, los generales, él mismo, se expresan en un castellano culto aunque a veces es excesiva la preocupación por la corrección y su estilo pierde espontaneidad y se endurece, pero cuando hablan personajes del pueblo, las voces populares (menglana, sarjantana, maño), los rusticismos (son asina, paice mentira) se entremezclan en su habla y nos describen al personaje mejor que muchas frases.

También queremos señalar un aspecto que hace muy amena la lectura del libro y ese es el humor, un humor directo y claro, a veces coprológico a la manera de algunos episodios del *Quijote*, como la vaciada del orinal sobre el impoluto y soberbio oficial zuavo Gouvión, que aleja la obra de los aspectos más terribles de la guerra apenas entreverados en las muertes de los oficiales, al final del libro, y en la descripción del asedio y capitulación de Cantavieja.

Lo que no está presente en este libro es el sentimiento noventayochista del paisaje del que hablábamos en su obra anterior. Ahora lo que despliega ante nuestros ojos es el mapa de la zona, con abundantes nombres de pueblos y ciudades, pero como mero escenario de los movimientos de la tropa y el ir y venir de uno y otro ejército. El mundo de la guerra y la vida del cuartel son las descripciones más conseguidas, sin nada de idealismo, como la descripción de los sistemas de reclutamiento e inscripción, la vida cuartelera, la escasez constante de armamentos, víveres y pertrechos, así como la pormenorizada descripción de uniformes y arreos militares.

El sistema de organización del texto ha variado notablemente; ya no hay doce libros con sus subdivisiones interiores que narran una variedad grande de sucesos y lugares, sino una mera enumeración de capítulos, que llegan hasta veinte, en torno a un único tema que es la guerra carlista. Estos capítulos no tienen ningún título o resumen de contenido que los explique, ya que la obra está construida como si fuera la transcripción de un diario, al menos en sus últimos capítulos, lo cual dota al libro de una innegable apariencia de veracidad y transforma a su autor en un historiador veraz, como intenta corroborar la cita final del también historiador Cieza de León.

## ORFEO EN EL INFIERNO (NOVELA) (1912)

Es su primera novela publicada y, en ella, narra una historia de seducción folletinesca con el viejo argumento del *Pamphilus* o *La Celestina*, en la que el barón de San Jorge, viejo, rico y despreciable, seduce a una joven ingenua y pobre, apoyado por una alcahueta sin escrúpulos. La joven muere pronto de pulmonía y remordimientos pero su antiguo novio, un primo ex seminarista, la vengó en la hija del barón de forma contundente pero casta.

Con esta «novela ejemplar» Bayo intenta dar una lección moral y prevenir a las jovencitas de los peligros de alcahuetas y seductores con sus señuelos de lujo y vestidos. La tesis que Bayo quiere demostrar es que la religión católica y sus preceptos son la única salvaguarda del individuo y cuando ambos se olvidan sobreviene la tragedia. Los personajes modélicos de la novela son los sacerdotes y, en menor medida, las monjas, únicos educadores adecuados para prevenir los errores del amor juvenil, ya que el joven protagonista de la novela, Miguel Mendi, no es sino un Orfeo condenado a perder a su amada a pesar de su «bel canto». Estudiante de un seminario, deja los hábitos por el amor de su prima y, tras esta traición, perderá sucesivamente, y en justo castigo a su desertión, a sus dos enamoradas: María Mendi y Juana, la hija del barón de San Jorge.

Ideológicamente es la obra de Bayo que defiende con más claridad los principios católicos convencionales, esos que propugnan prudencia mundana más que caridad evangélica, como puede verse en el capítulo XI en las largas amonestaciones del vicario a su sobrino. A su vez, en numerosas citas se culpa a la mujer como la causa del pecado y de la perdición del hombre, ya que es evidente en este libro la presencia de la misoginia de la época, que Bayo hace suya, y en la que llega a introducir, en el capítulo IV, una cita de Eurípides, puesta en boca de don Basilio, el tío sacerdote, con una de las frases contra las mujeres más famosas de la historia literaria: «Lástima no sea posible a los hombres tener hijos fuera de las mujeres, así vivirían exentos de males». Es tan contundente la tesis de Bayo en esta novela, que parece que resuenan en ella ecos autobiográficos, ya

que fue parecida la historia de la propia madre del autor y de él mismo, como hijo natural de un banquero, si es cierto lo que dice Baroja en sus *Memorias*. Quizá por esto, los personajes femeninos mejor tratados son las tres jóvenes engañadas: María, Olimpia y Luisa, a las que trata paternalmente, puesto que sus críticas van dirigidas, fundamentalmente, contra la categoría mujer.

El autor conserva la costumbre, adquirida en sus libros de viaje y en sus lecturas costumbristas, de intervenir directamente en la historia contada. Desde las primeras páginas surgen alusiones y comentarios al lector con los que se sitúa por encima del relato, rompiendo el mundo cerrado de la coherencia novelesca, como harían más tarde Valle-Inclán y la novela posterior, aunque con otra intención y mejor fortuna.

Lo que pretende Bayo es alejar al lector del argumento, quizá para provocar en él la reflexión moral, es decir, dar más importancia al *movere* que al *delectare*, como en las narraciones del Siglo de Oro, lo cual, por un lado, atenúa los excesos melodramáticos del argumento y mejora las escenas demasiado sensibleras, pero también hace perder credibilidad a la narración, que carece de análisis de sentimientos y de profundidad psicológica. Esta distancia se consigue también gracias a otros recursos como la ironía, por ejemplo, en los títulos de los capítulos: «En el que se vislumbra el porqué del título de este libro», «Del caño al coro», «Del coro al caño», «Lo inevitable», etc.

En cuanto a la estructura del relato, continúan los incisivos que le permiten incluir sus variados conocimientos a través de anécdotas y chascarrillos cómicos, apotegmas quevedescos, referencias mitológicas, adivinanzas, letras de arias de ópera, datos geográficos, costumbres vascas, e incluso, dos representaciones teatrales, una de las cuales, la comedia de los perros, cierra la obra a manera de un entremés del Siglo de Oro, rompiendo toda la coherencia del final folletinesco del relato. Y es que terminar las obras era uno de los problemas constantes del escritor, que lo resolvía recurriendo a otros autores o a refranes y citas o, como en este caso, a un entremés. El número de páginas que dedica a este conjunto de informaciones variadas es casi el mismo que el que dedica a la historia central, lo que origina un ritmo narrativo bastante quebrado.

La obra está dividida en dos partes, la primera, con once capítulos y cien páginas, en la primera edición, corresponde a la presentación de los personajes y de su universo «vascongado», así como sus costumbres. El escenario son las ciudades de Pasajes y San Sebastián, que abandonan en el último capítulo, para iniciar el viaje simbólico al infierno moral, al marcharse Miguel a Milán seducido por el deseo de ser un gran cantante, y María a Madrid engañada por la alcahueta. La segunda parte tiene diecisiete capítulos y ciento cuarenta páginas y se desarrolla toda en Madrid, ciudad que supone, naturalmente, el espacio de la perdición, ya que la obra ofrece, espacialmente, la antítesis moral que puede resumirse en el viejo tópico clásico de «menosprecio de corte y alabanza de aldea».

Los escenarios madrileños son muy realistas: la casa de la alcahueta, el café, los reservados de los restaurantes, el merendero de El Pardo, el estudio del pintor y, sobre todo, la guardilla de María, que es una clara trasposición de la del autor, incluidas sus dos características más dolorosas: la soledad y el frío. Sin embargo, los escenarios vascos, que también están bien descritos, resultan más tópicos por el deseo de introducir términos en euskera que están traídos de forma bastante forzada: «En el pomar oyó el aidá de un boyero, y conociendo quién era por la voz ahuecó una mano y soltó el irricina» (cap. v). Algo parecido sucede con los personajes, de los que sólo están descritos como tales los protagonistas, María y Miguel, mientras que los demás son tópicos como la alcahueta, el viejo estuprador, los pintores, el cura, el profesor de canto, o típicos tipos costumbristas como el pelotari vasco.

El estilo es semejante a sus obras anteriores, todos los personajes hablan de la misma manera culta y con abundantes citas, hay setenta en total, y sólo se diferencian por la inclusión de léxico en otras lenguas como el euskera, el latín, el italiano o términos criollos que incluye sin apenas motivo.

A pesar de lo dicho hasta aquí, cuando la novela corre sin interrupciones, el ritmo de la prosa es bueno y la narración es ágil e interesante, consiguiendo atrapar la atención del lector con sus grandes conocimientos de la vida y el nacionalismo vasco, por ejemplo. En el caso de esta novela, esto sucede, incluso, aunque

sea evidente el devenir de los acontecimientos y prácticamente se sepa lo que va a pasar, puesto que el argumento se conoce ya desde el título de la obra. Es lo que sucede en las novelas de género (rosa, negra, de aventuras, del oeste, etc.), en las que no importa tanto «lo que pasa», ya que el argumento es siempre muy parecido, sino que lo interesante es el cómo está contado «esto que pasa».

Esta definición de novela de género o de tesis podría ser la adecuada para esta primera novela de nuestro autor, que ya no es un mero cuadro costumbrista, ni sólo un folletín decimonónico, pero que tampoco llega a ser una auténtica novela moderna. Quizá porque el bueno de don Ciro nunca llegó a preferir la ficción a la vida real, en otras palabras, nunca llegó a valorar la novela tanto como la historia a la que se dedicará durante los veinte últimos años de su vida.

ALICIA REDONDO

#### *NOTA A NUESTRA EDICIÓN*

Reproduce fielmente la primera edición de cada una de las obras publicadas y ha sido preparada en colaboración con Tatiana Boal. Las únicas novedades son la corrección de las erratas evidentes, así como la modernización de la ortografía. También se sistematizan los usos de los signos de puntuación, así como los de exclamación e interrogación y las comillas y guiones.

A. R. y T. B.

## BIBLIOGRAFÍA

## I. OBRAS DE CIRO BAYO. PRIMERAS EDICIONES

## Libros de viajes y novelas

*El peregrino entretenido. (Viaje romancesco)*, Madrid, 1910.

*Lazarillo Español. Guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrial*, Madrid, 1911.

*Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo*, Madrid, 1912.

*Orfeo en el infierno. (Novela)*, Madrid, 1912.

*El peregrino en Indias. En el corazón de la América del Sur*, Madrid, 1912.

*Chuquisaca o la plata perulera. Cuadros históricos, tipos y costumbres del alto Perú (Bolivia)*, Madrid, 1912.

*La reina del Chaco. Novela americana de aventuras*, Madrid, 1935.

*Por la América desconocida*, Madrid, 1920; y *Las grandes cacerías americanas. Del lago Titicaca al río Madera*, Madrid, sin año (1927); son dos obras de reelaboración de las ya publicadas.

## Poema épico

*La Colombiada*, Madrid, 1912.

## Lengua y romances de América

*Vocabulario criollo-español-sudamericano*, Madrid, 1910.

*Romancerillo del Plata. Contribución al estudio del romancero rioplatense*, Madrid, 1913.

*Romancero criollo. Prólogo y vocabulario de Ciro Bayo*, Madrid, 1921; y *Manual del lenguaje criollo de Centro y Sudamérica*, Madrid, 1931; son reediciones de los libros ya publicados.

A su vez *Vocabulario* y *Romancerillo* son reelaboración de sus artículos previos: «La poesía popular en América del Sur», *Archivos, Bibliotecas y Museos*, 6, 1902, págs. 43–49; «Vocabulario de provincialismos argentinos y bolivianos», *Revue hispanique*, XIV, 46, 1906, págs. 241–564; y «Cantos populares americanos», *Revue hispanique*, XV, 47–48, 1906, págs. 796–809.

## Historia de América novelada

- Los Maraños* (*Leyenda áurea del Nuevo Mundo*), Madrid, 1913.  
*Los Césares de la Patagonia* (*Leyenda áurea del Nuevo Mundo*), Madrid, 1913.  
*Los caballeros del Dorado* (*Leyenda áurea del Nuevo Mundo*), Madrid, 1915.

## Historia de América

- Historia argentina en verso*, Buenos Aires: Manuel Gernaldi, 1910.  
*Examen de próceres americanos. Los libertadores*, Madrid, 1916.  
*Aucafilú. Época de Rosas*, Madrid, 1916.  
*Bolívar y sus tenientes San Martín y sus aliados*, Madrid, 1929; e *Historia moderna de la América Española. Desde la independencia hasta nuestros días*, Madrid, 1930; son reediciones de las ya publicadas.

## Manuales, libros de higiene y otros encargos editoriales

- Higiene sexual del soltero*, Madrid, s. a. (1902).  
*Higiene de verano y de los veraneantes*, Madrid, s. a. (1902).  
*Colección de frases y refranes en acción*, Madrid, III, 1903, págs. 3–28; V, 1904, págs. 3–19.  
*Diccionario de conversación español–francés*, Madrid, 1904.  
*Nociones de Instrucción cívica. Rudimentos de Derecho*, Madrid, 1905.  
*Higiene sexual del casado*, Madrid, 1913.  
*Venus catedrática. Tratado de galantería* (Biografía), Madrid, 1917.  
*El veraneo. En la playa. En los baños. En la montaña. Itinerarios. Consejos prácticos. Higiene del veraneante*, Madrid, s. a. (1916); y *El gaucho Martín Fierro de José Hernández*, prólogo y notas de Ciro Bayo, Madrid, 1929; son dos obras de reelaboración de las ya publicadas. Hemos recogido dieciocho traducciones del mallorquín, francés, italiano e inglés.  
*Lo natural y sobrenatural en el ocultismo*, s. a. y *El capitán Ñuflor de Chaves y la provincia de Chiquitos*. No hemos localizado estas dos obras que aparecen anunciadas en otras publicaciones así



como en varios catálogos bibliográficos, pero quizá no llegaron a publicarse. Tampoco hemos localizado «Epitalamio a las bodas de Alfonso XII», Barcelona, 1879, y «Estudios sobre *La vida es sueño*», Barcelona, 1881, que aparecen mencionados por Bayo en su autobiografía del Espasa.

## II. OBRAS DE CIRO BAYO. EDICIONES MODERNAS

*El peregrino entretenido. Viaje romanesco*, prólogo de Joaquín de Entrambasaguas, en *Las mejores novelas contemporáneas (1910–1914)*, IV, Barcelona: Planeta, 1967, págs. 57–250.  
*Con Dorregaray. Una correría por el Maestrazgo*, prólogo de Alicia Redondo Goicoechea, Madrid: Ediciones del Centro, 1974.  
*Colón: Ramón de Campoamor y Camposorio. La Colombiada: dos poemas del descubrimiento*, Oviedo, Grupo Editorial Asturiano, 1992.  
*Lazarillo español*, Madrid, Espasa Calpe, s. a.  
*Lazarillo español*, prólogo de José Esteban, Madrid: Cátedra, 1996.  
*El peregrino entretenido (viaje romanesco)*, prólogo de José Esteban, Sevilla: Renacimiento, 2002.

## III. ESTUDIOS SOBRE SU ENTORNO, VIDA Y OBRA. SELECCIÓN

ALFONSO, José, *Siluetas Literarias*, Valencia: Prometeo, 1967, págs. 117–119.  
 ARIAS, Augusto, «Papeles del 98, mis recuerdos», *El correo literario*, III, 59, 1952, pág. 1.  
 AZORÍN, Prólogo a la primera edición de *Lazarillo español*, Madrid 1911, págs. 5–10.  
 BAQUERO, Gastón, «Ciro Bayo el de la vida en fracaso ¿no sería el triunfador verdadero?», *Papeles de son Armadans*, XV, XLV, 1959, págs. 283–308.  
 BAROJA, Pío, «D. Ciró Bayo y Segurola», *La estafeta literaria*, I, 1944, pág. 16.  
 — —, *Memorias*, Madrid: Minotauro, 1955. Reproducidas en *Desde la última vuelta del camino*, Barcelona: Planeta, 1970, vol. I, págs. 711–736.

- BAROJA, Ricardo, «El último aventurero español», *La estafeta literaria*, 1, 1944, pág. 17.
- —, *Gente de la generación del 98*, Barcelona: Juventud, 1969, págs. 102–108 (1952).
- —, *Otras figuras del 98*, Madrid: Guadarrama, 1954.
- BERNALDO DE QUIRÓS, C., «El peregrino entretenido de Ciro Bayo», *La lectura*, I, 1911, pág. 226.
- CAMPOY, Antonio Manuel, «Un vagabundo del 98: D. Ciro Bayo», *La estafeta literaria*, 370, 20 mayo 1967, págs. 6–7.
- CANDAMO, Bernardo G., Apéndice a la segunda edición de *Lazarillo español*, Madrid, 1920, págs. 243–245.
- CARDENAL DE IRACHETA, Manuel, «El peregrino escritor D. Ciro Bayo y Seguro (1859–1939)», *Clavileño*, III, 17, 1952, págs. 33–38. Reproducido en *Comentarios y recuerdos*, Madrid: Revista de Occidente, 1972.
- CARO BAROJA, Julio, *Semblanzas ideales*, Madrid: Taurus, 1972, págs. 93–108.
- —, *Los Baroja*, Madrid: Taurus, 1972.
- CARRERE, Emilio, *Madrid cómico, Retablillo literario*, 31–XII–1910.
- CEJADOR, Julio, *Historia de la lengua y la literatura castellana*, Madrid, 1920, XIII, págs. 97–99 y 100.
- DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ESPASA, Madrid 1930, Apéndice I, pág. 1420.
- ENTRAMBASAGUAS, Joaquín de, *Las mejores novelas contemporáneas*: Barcelona, 1959, IV, págs. 3–56.
- EREÑO ALTUNA, José Antonio (sel.), *Cartas de Ciro Bayo a Unamuno: un diálogo difícil*, Bilbao: J. A. Ereño, 1996.
- ESTEBAN, José, «Ciro Bayo y Seguro (1859–1939). El más hispanoamericano de nuestros escritores», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 539–540, 1995, págs. 225–234.
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, José, *Costumbrismo y novela*, Madrid, 1960.
- FERRERAS, Juan Ignacio, *Introducción a una sociología de la novela española del siglo XIX*, Madrid, 1973.
- —, *Los orígenes de la novela decimonónica 1800–1830*, Madrid, 1973.
- FRADEJAS, José, *Don Ciro Bayo y Seguro*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 2001.

- FRADEJAS, José, «Don Ciro Bayo. Historias, leyendas y viajes americanos», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 41, 2001, págs. 221–250.
- GARCÍA VENERO, M., «Un 98 olvidado», *La estafeta literaria*, 1, 1944, pág. 17.
- —, «Los 13 últimos años de don Ciro Bayo», *Ibidem*.
- GONZÁLEZ MAS, Ezequiel, «Ciro Bayo y su visión de España», *Salina*, 12, 1998, págs. 150–151.
- GONZÁLEZ-RUANO, César, «Segundones, raros y epígonos de la generación del 98», *El correo literario*, 46 y 51, 1952, págs. 9 y 10.
- GUERRERO, Obdulia, «*Tirano Banderas*. Novela de tierra caliente», *Nueva Estafeta*, 28, 1981, págs. 74–78.
- HERNÁNDEZ LUQUERO, N., «Un gran escritor casi desconocido», *Arriba*, 11 de enero, 1942, pág. 5.
- —, «Ciro Bayo», *Arriba*, 3 de mayo, 1959, pág. 6.
- —, *Escritores en Pueblo*, «Un olvidado: Ciro Bayo», *Pueblo*, 23 de diciembre 1965, pág. 2.
- JUDERÍAS, Julián, «Examen de próceres americanos, los libertadores por Ciro Bayo», *La lectura*, III, 203, 1917, págs. 298–303.
- INTERNET, <http://www.google.com> “Ciro Bayo”.
- LIDA DE MALKIEL, María Rosa, *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires: Eudeba, 1966, págs. 92–133.
- MARCO, Joaquín, *Ejercicios literarios*, Barcelona: Táber, 1969.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, «Romances tradicionales de América», *Cultura española*, 1, 1906, págs. 72–111.
- MORAL, Carmen del, *La sociedad madrileña fin de siglo y Baroja*, Madrid: Turner, 1974.
- PÉREZ FERRERO, Miguel, *Algunos españoles*, Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1972.
- PHILLIPS, Allen W., «Algo más sobre la bohemia madrileña: testigos y testimonios», *Anales de Literatura Española*, 4, 1985, págs. 327–362.
- PRAAG CHANTRAINA, J. Van, «El pícaro en la novela española moderna», *Revista hispánica moderna*, XXIX, 1963, págs. 23–31.
- PRADO, Ángeles, *La literatura del casticismo*, Madrid: Moneda y crédito, 1973.

- REDONDO GOICOECHEA, Alicia, «Vida y obra de Ciro Bayo. Costumbrismo o novela», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LVII, 1981, págs. 253–294.
- ROJO OVIES, Josefina, «Los viajes por España de Ciro Bayo Seguro (1859–1939)», *Archivum*, XXVI, 1976, págs. 333–389.
- SAINZ DE ROBLES, Federico, *Diccionario de la literatura*, Madrid: Aguilar, 1950.
- —, *Raros y olvidados*, Madrid: Prensa española, 1971.
- SÁNCHEZ GRANJEL, Luis, *Baroja y otras figuras del 98*, Madrid: Guadarrama, 1960, págs. 337–344.
- —, *La generación literaria del 98*, Salamanca: Anaya, 1966.
- —, «Maestros y amigos del 98: Ciro Bayo», *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXIX, 206, 1967, págs. 201–218.
- SERRANO Y SANZ, M., *Historiadores de Indias*, Nueva biblioteca de autores españoles, 13 y 15, Madrid: Bailly-Baillière, 1909.
- SILVERMAN, Joseph H., «Valle-Inclán y Ciro Bayo: sobre una fuente desconocida de *Tirano Banderas*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XIV, 1 y 2, 1960, págs. 73–88.
- SOTELO VÁZQUEZ, Adolfo, «Viajeros en Barcelona (II)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 556, 1996, págs. 43–58.
- T. B., *El Libro*, Reseña de *Con Dorregaray*, *La tribuna*, 27–II–1913, pág. 5.
- TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio, «Cartas de Ciro Bayo a Unamuno. Sobre criollismos y otras facetas americanas», *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, XXII, 1995, págs. 365–397.
- TENREIRO, «Lazarillo español de Ciro Bayo», *La lectura*, XI, 132, 1911, págs. 451–453.
- TORRENTE BALLESTER, Gonzalo, «La generación del 98 e Hispanoamérica», *Árbol*, XI, 36, 1948, págs. 505–515.
- —, *Literatura española contemporánea 1898–1936*, Madrid: Aguado, 1950.
- TUDELA, Mariano, «Ciro Bayo, aventurero», *Arriba*, 3 de mayo 1959, pág. 29.
- TRAPIELLO, Andrés, *Los nietos del Cid: La nueva edad de oro de la literatura española 1898–1914*, Barcelona: Planeta, 1998.
- UCELAY DE DACAL, Margarita, *Los españoles pintados por sí mismos*, México, 1951.

- ZAMORA VICENTE, Alonso, *La realidad esperpéntica: Aproximación a Luces de bohemia*, Madrid: Gredos, 1969, pág. 30–31.
- ZAVALA, Iris, «Fin de siglo: modernismo, 98 y bohemia», *Cuadernos para el diálogo*, Los suplementos, 54, Madrid, 1974.
- ZUMALDE, Ignacio, *Sobre la generación del 98*, San Sebastián: Auñamendi, 1963, págs. 67–74.

Este volumen de las Obras Completas de  
Ciro Bayo  
ha sido compuesto e impreso en los talleres  
de Villena Artes Gráficas.  
La encuadernación se hizo en los talleres  
de Hermanos Ramos (Madrid).  
Se terminó de imprimir en septiembre de 2005.  
La tirada consta de 1.000 ejemplares  
numerados en arábigo.

*Ejemplar número*

ISBN 84-96452-08-5



9 788496 452084